

VENUS EN EL LABERINTO

Enrique González Rojo

2004

I FANFARRIA DE INVISIBLES PAJAROS

El agua vagabunda

La belleza
no quiere encarnar en lo inmóvil.
Por ejemplo: en los ojos que se cierran
a toda resurrección posible
o porque es lo mismo en la parálisis mortuoria
cuando el que mete el freno
del vehículo en que andamos
no es el pie sino la extinción inexorable
de su combustible.
O también: en el agua estancada
en la contradicción maloliente
de su divino oficio.

Las bellas artes no son en el fondo
sino diversas formas de moverse.
Una estatua es bella
no cuando parece cosechar la calma
en los grilletes de su inmovilidad
sino cuando se diría
al igual que el hielo herido por un rayo de luz
que está a punto de echarse a ser
un agua vagabunda.

Cuánto más hermoso es el vendaval
y su fanfarria de invisibles pájaros
que la roca.
Si miramos bien descubriremos
que debajo de todo remolino
de hojas secas
pedazos de mariposa
suspiros
y polvo enamorado
se hallan unos zapatos
bailando de puntas.

Corcheas en los dedos de los pies

Ella creía que la danza era su vida
su puesto en el elenco del destino
la profesión que le dejaba
sacar a escena sus gerundios
alados.
Bailaba en todo momento:
cuando despertándose
subía un poco la cortina de la ventana
y se imaginaba sorprender al sol
con la corcheas que llevaba entretejidas en los dedos
de los pies.
Cuando había que pasar de un cuarto al otro
o de una vivencia a la de más arriba
lo hacía como una exhalación
parada de puntas.
Si iba a hacer el amor
se daba un regaderazo de notas musicales
y salía del baño con las alas
empapadas.
Yo me preparaba entonces
a llevármela al lecho con todo y danza.

Coto de caza

Tú fuiste mi cómplice
mi amiga subterránea:
nada humano ni bestial ni angelical
nos era ajeno.
Hicimos de la cama un coto de caza
asediamos las partes más húmedas
y cálidas de la geometría
y nos dimos a paladear sin reticencias
todo un rebaño de redondeces.

A mitad de un hormiguero

Si no sufrimos desencuentros o suspicacias
con el calendario
y gozamos de un buen sentido de orientación
es imposible fallar a una cita.
Hay que tener además:
un reloj sin fe de erratas
amaestrado para dar alaridos

el automóvil con gasolina rumiando ya el trayecto
un perro que nos diga si va a llover o no
calcetines remendados con polvo del camino
y las manecillas del deseo
señalando puntuales el terreno inclinado
del propósito.
Hay que llegar puntuales al encuentro
con el amor de nuestra vida
o con las piernas los senos las caderas
de nuestra vida.
Hay que llegar puntuales y armarnos de paciencia
para la espera a mitad de un hormiguero...
El alud de segundos minutos horas que se nos venga encima
será del tamaño de una eternidad.
Pero si bendito Dios ella finalmente llega
si viene dispuesta a dejarse tomar el alma
si dejó hablando solo al recato
si hojeó la antología de suspiros
que le preparó mi inseguridad
si quiere oír la música de cámara
de nuestros órganos internos
entonces ay entonces
es nuestro día.

Deletrear un fruto

Cuando el agua tejía su espuma
el aire iba a enaltecerse en viento
la tierra se disponía a deletrear un fruto
maduro preñado de dulzura
nació nuestro amor.
Si alguien hubiera tocado nuestros corazones
habría sabido que se hallaban
en su punto.

II SOY TU POETA

Heridas en el pecho

Sus virajes.
Sus manías de péndulo
 caleidoscopio
 mariposa zarandeada por las flores.
Su marejada de puñales
y su reflujo de caricias.
El hallarse convencida de que la paz
es un terreno minado por el aburrimiento.
Preferir las palabras hirientes
la violencia física
las aves de rapiña lanzadas al pellizco
o las puertas cerradas de golpe
(aplastándole los dedos
al incipiente diálogo)
 preferirlas digo
al intercambio de frases palabras letras
 y aun entrañas.
Sé lo que le pasaba.
Que la bestia dormida
en la materia gris de su destino
 despertaba de pronto
la hacía desmayarse
llenábala de convulsiones
-como si fuera sorprendida
por el helado orgasmo de la muerte-
le daba deseos de huir
de hacerse polvo
de dejar abandonadas sus palabras
de desdecirse
y hasta de tragarse
su propia lengua.
Yo me decía
que ella no era juguete de su monstruo
(con el sumiso amor de la luz por su estrella)
pero que a veces lo escuchaba
y se ponía a las órdenes
de su ferocidad
porque -si no- cómo entender sus ademanes que tenían
un aire de familia con cualquier desfiguro.
Yo me decía me digo que la libertad

ese motor inmóvil cotidiano
que carga entre pecho y espalda la criatura
la hacían responsable
de las dos que tres heridas que en mi pecho
están bajo los epitafios
de su correspondiente cicatriz.

Puntos cardinales

Como habíamos convenido
cuando ella despertaba de su desmayo
yo era su guía
su mapamundi
su Virgilio.
Esta es tu recámara le decía.
Seguimos estando dentro de las cuatro paredes
de aquella vieja decisión
de hallarnos juntos.
Echa ovillo ella me escuchaba:
estás al centro
de los cuatro puntos cardinales de la cama.
Tú te llamas así
-y le murmuraba, delectándolo,
su nombre.
Yo soy tu poeta.
No no soy tu sombra soy tu amante.
No sé por qué pero tú no puedes dejar de hablarme de usted.
Vivimos juntos.
La pelea de gallos es tan sólo una metáfora
de lo que ocurre normalmente
en nuestras fronteras corporales.

Concupiscencia

Eras traductora de poesía.
Y hasta te entendías con todos los ángeles
de lengua portuguesa.
Pero no sólo de cielo vive el hombre.
Y como decía tu más cara amiga

tenías unas piernas que
encarnando los ideales del tacto
corrían a campo traviesa en mi cerebro.
Pese a mis lecturas del Aretino

yo no sabía qué significaba la palabra concupiscencia.
La verdadera la teológicamente descrita
la que se cecea con algo de jadeo
y en la cofesión se pronuncia
con el temor ruborizado
de que Dios se encuentre adentro
del confesonario.
El sugnificado de esa palabra
se puede entrever en la rápida insinuación
de los brazos abiertos de la cama
y en la minuciosa definición que da
la Academia de mi lengua.

Desollarnos un poco

Cuando cambiaste el término concupiscencia
por “estar bonito”
desactivaste una de las piedras angulares
de la moral ambiente
y el sentimiento de culpa fue dejado
en alguno de los rincones del olvido.
“Estar bonito” significaba:
tirar al pozo los escrúpulos
buscarle las zonas erógenas al recelo
y desollarnos un poco
cambiando confianzas de carne viva.
Si nos vamos a la cama a “estar bonito”
Satanás se desnuda se calienta las manos
y mete entre nuestros cuerpos
su inexistencia.

Mendrugos de sol

Los desencuentros eran rutinarios.
El pan amargo de cada día.
En una ocasión
con la carne viva torturada por la intemperie
no pude más.
Salí a buscarte.
Antes de que amaneciera
cuando el pico de los gallos aún se hallaba
rodeado de bruma

llegué al pie de tu departamento y me instalé bajo su ventana.
Tenía tanto pero tanto frío.
Me castañeteaban los dientes
y tiritaban todas
mis vivencias.
Al gélido ambiente habría que añadir
la corriente helada que provenía
de tu ventanal cerrado.
Las persianas empeñadas en su negativa
no dejaban entrar ni salir
el menor mendrugo de sol.
Se abrió de pronto la ventana.
Mi corazón dio un pequeño vuelco
y se mudó de sitio.
Tú sacaste la mano e hiciste un ademán
que ordenaba el mundo
y mi inmediato acercamiento.
Corrí hacia ti.
Salvé los escalones como si no existieran.
Volé hacia mi debilidad
con alas de Mercurio
en mi talón de Aquiles.
Di con tus brazos
y en posición fetal
entré al calor inmarcesible del regazo.
Todo el frío -el exterior y el interior-
fue sólo una remembranza sometida
a abrupto desmoronamiento
cuando viví la felicidad arropado
con tus senos.

III JADEOS EN CANON

Regalo de los dioses

La ternura es más ternura que nunca
cuando deja a sus espaldas
los eructos del ave de rapiña
se embarra de otra ternura
y busca de Pandora no su caja
sino su regazo.

Pero ¿qué significaba que al momento del éxtasis
cuando nos deleitábamos en darle el golpe al oxígeno
cuando éramos dos músicos fraguando
un canon de jadeos

tú inconsolable
eras ganada por un acceso de llanto?
¿Por qué traducías en lágrimas
el hallarte empapada de libido?
¿Qué te hacía desplazar la cima del goce
con un estado ambiguo
agridulce
-teniendo fronteras con lo amargo-
donde te imaginabas la víctima
de no sé qué delito?

Nunca sabré la razón
por la que a la hora del arrebato
y en vísperas del cielo
-cuando los dos oíamos
voces de sirena
surgidas de los pliegues de las sábanas-
tu llanto desplazaba a codazos de tu ánimo
el éxtasis y su dínamo de goces
como un corto circuito en la libido.

Nunca sabré la razón.
¿Sería que no te sentías merecer
ese regalo de los dioses
que es una sensación efímera minúscula
con sabor a eternidad?
¿Sería miedo al éxtasis
como el que teme que en la beatitud del edén
estallen inesperados terremotos
de imperfección?

Río *en disminuyendo*

La calma es más calma que nunca
cuando se desgarró de una tempestad
como cuando el cosmos
se escapa de puntitas
del estrépito monótono del caos.
Y aunque no podemos bañarnos nunca en el mismo remanso,
la calma una calma en devenir
es un río en **disminuyendo**
riachuelo que mete freno y se desdice
 balsa de agua
arroyuelo sin los motores naturales del terreno inclinado
que los vuelvan torrente.
Agua que va pian pianito
regalando
su frescor de yerbabuena
y su canasta llena de pedazos de cielo.

IV LA SONRISA DE LAS 19.30

Más blancos que la leche

Lo que recuerdo con asaz claridad
era el saludo
la sonrisa de las 19.30 de los miércoles
el tazón del café con leche
y blancas y finas y en su falda apenas visibles
las insinuadas piernas
o mejor muslos
ceñidos por las medias de seda
de una cierta impudicia.
Sus senos más blancos
que la leche antes de ser violada
por el café
con pezones
que se saben
en respingo erótico
ante el niño universal que los demanda
tersos macizos redondos
ocultándose en la tela finísima
ceñida y claudicante.
Qué ingenuidad pensar que el incesto
envuelto en el papel celofán de la sorpresa
era un desorden descomunal
un pescar con la caña de nuestra caída
el azufroso abismo
o una alteración en el curso inocente
del cosmos
cuando no fue más que una decisión
en el año el mes el momento
en que al fin la cobardía
se sintió avergonzada.

Leer entre líneas

Caímos entonces en cuenta
de que la savia de la libido
circulaba por algunas de las ramas vecinas
del árbol genealógico.
¡Qué familia -me dije- qué familia!
Mis manos estaban llenas de redondeces
de castillos en el aire
de escrúpulos
de excitaciones
y también de los consentimientos
que supe leer entre líneas
en el mismo apellido.
La vorágine de senos y caderas
me llevaron a la enmielada violencia
y al hambre gambusina
de intimidades últimas.
Todo quedaba en familia.
Si la inquisición existiera
se estaría frotando codiciosa las manos
como dos leños...

V FLORES QUE GERMINAN EN LO OSCURO

Azoro

La sorpresa es la mejor carta
de la seducción.
En ella el recelo no ha puesto en guardia
a los escrúpulos custodios.
Cuando menos se espera
el seductor le roba a su seducida
no un beso
no la pequeña lluvia de polvo de una caricia
sino la magnolia llena de rocío
de un orgasmo
de ese divino secreto que el amante
le arranca a los dioses jugando a las vencidas.
La mujer asombrada
no sabe qué hacer
con qué ademanes proteger su asombro
en qué precepto moral esconderse
o cómo fingir que sus parte pudendas
encendidas a la primera implantación de manos
se hallan más cercanas a las de la santa de Ávila
que a las de la monja portuguesa.
Bendito azoro.
Por obra y gracia de su irrupción
y de la cerilla encendida en la noche del tacto
el pecado tuvo que salirse por la puerta trasera
de uno de los mandamientos.
Las manos del seductor hubieran sido
víctimas de un ademán dado en falso
sin el azoro sin esa minúscula pila
de bendita agua en el deseo
y sin esa luciérnaga que inventa caminos para la mirada

Todo se hallaba en su lugar

Hay amores que florecen a plena luz.
Besos que se dan a la intemperie.
Abrazos que florecen en la plaza pública
entre el vendedor de globos y el anciano
que carga de pronto toda su libido
en el reajo
coitos que casi casi necesitan o consienten
el testimonio deslumbrante
de un reflector.
Pero hay otros como algunas flores
que sólo pueden germinar
en lo oscuro
o darse a oler a las doce de la noche
cuando hay un apagón del sol la luna
las estrellas y los cocuyos.
Estos amores son clandestinos
secretos pequeños mundos
con fronteras de párpados cerrados.
No dirán la verdad ser lo que son
ni aunque se les tuerza el brazo
se les torture la punta de la lengua
se hallen con el sermón de un dedo moralista
o alguien les entreabra las puertas del infierno
para que vislumbren lo que se les espera.
Yo tuve un amor así.
Lo digo al breve confesonario
de la oreja de mi musa.
Nadie supo de él salvo la cama.
Nadie se percató de él
porque -fíjense- tuve el atrevimiento
de hincarle el diente
-con el consentimiento de la excitada pulpa-
a uno de los frutos prohibidos
que crecen en una de las ramas
de mi árbol genealógico.
Por Dios qué buen cuerpo era el suyo.
En él todo se hallaba en su lugar.
Estaba como ella y yo queríamos.
Desnuda no tenía más paños menores
que la divina proporción
de sus pertenencias.

VI LUZ MADRINA

Suspiros en el tronco

Así como el marinero de agua dulce
nunca puede llegar a ser viejo lobo de mar
ni colgar en su pecho las medallas
de huracanes vencidos
y distancias amaestradas
a mis diecisiete años
yo no sabía del amor más que lo que decían de él
los poetas románticos del XIX
los troncos coleccionistas de suspiros
mis primas en sus cuchicheos
y mi insomnio.

El beso en el parque

Mis primeras palabras amorosas fueron tan torpes
que mejor se hubieran quedado en casa.
Un beso que estrené en un parque
hizo el mismo efecto
que un roce de viento helado
y humedecido.
La primera vez que intenté acariciar a mi novia
la mano se sintió tan pesada
que se quedó en los andurriales de la indecisión
como si padeciese una eyaculación precoz
de tacto...

Caricias mal trazadas

Eran caricias tan mal trazadas
tan entorpecidas tan fuera de sí
que en lugar de producir excitación
despertaban escozor -o su contrario: cosquilleo en pianísimo.
En vez de generar deleite
(terminado en cama
y a ver qué pasa con el remordimiento)
creaban confusión perplejidad o por lo menos
las dos caras de la moneda
de toda incertidumbre.

Y lo peor fue que tras de escuchar
el canturreo de sirena de la virginidad
mi hombría no supo con qué parte del cuerpo
responder.

Rumor inaudible de perversiones íntimas

De qué valían mis malas intenciones
que se refocilaban a puerta cerrada
a cerebro censurado
a rumor inaudible de perversiones íntimas
si las yemas de los dedos olían
a la yerbabuena de la ingenuidad.
Llegó un momento sin embargo en que las adormideras de Eros
estuvieron a punto de hacerles bajar
la guardia a los ángeles custodios
que rondaban por ahí
para evitar
la conversión del pudor y sus negativas de seda
en pura retórica.

La sumisión del tigre

Pero algo nuevo descarriló mis impulsos
desenchufó la temeridad de su fuente de energía
le recortó a mis dedos las uñas de la audacia
y me ubicó en la sala de espera del portento...
Pero lo hice con la sumisión del tigre
que ante el rugir de los látigos normativos
termina **engatusado** por la cobardía.

Mástil de incienso

Menos mal que durante esos años
en que el erotismo se hallaba atado al mástil del incienso
y en que nuestras manos en trance de búsqueda
recorrían a tientas caliginosos pasadizos
minados por las dudas
teníamos como telón de fondo
talegas de papel pautado. Y nada mejor
que el clasicismo vienés
para enclaustrar la libido en el decoro.

Besos a medio hacer

Ante las curvaturas complacientes
la carne en altavoz de poros
o la blancura anhelante de aire libre
mis ansias largaban caricias torpes.
Abrazos en lugares incorrectos.
Besos a medio hacer.
Atrevimientos que no eran
-analfabetas de la concupiscencia-
llaves o salvoconductos o celadas
para puertas ulteriores.
Aturdimientos que no sabían discernir la diferencia
que hay entre punto final
y cualquier punto y seguido.

Laboriosos y exaltados

De luna de miel no fuimos a Nepal,
ni al Lago Victoria ni a los Apeninos o los Andes
ni a la neblina londinense
-dedicada a envolver para regalo algunos grados bajo cero-
sino ahí cerca casi a la vuelta de la esquina
en el motel de nuestras zonas erógenas.
Sin oír los murmurios moralistas de la almohada
pusimos laboriosos y exaltados
almas cuerpos y manos a la obra.
Y nos dedicamos a fuerza de jadeos
a buscar a nuestro hijo en la penumbra
a tratar de sacarlo de su nada
con el dulce señuelo del oxígeno.

Galería de milagros

El primer amor abre la puerta
a una galería de milagros.
Pero también se oyen en su recinto y a lo lejos
en el ropero de las horas
aullidos de lobos murmullos viscerales
reclamos a saliva desgastada
y entrechoque de maldiciones.
Por un momento la duda
secreteando arrepentimientos

aconseja retroceder.
Pero cómo se va a cerrar la puerta
si con los ojos vueltos hacia adentro
halla uno entre las pertenencias del corazón
la acerada punta de una flecha.

Entramado de células

Savia del árbol genealógico
tu profesión oh semen es la **creatio ex nihilo**.
Tienes ínfulas de escultor.
Hormigueos en tus manos de demiurgo.
Estudias astronomía en las partículas.
Eres el caldo de cultivo de lo fantástico
encarnas con tu contraparte femenina
-y más que nada con la minúscula vagina del óvulo-
no sólo el impulso creativo
sino la sabiduría de crear el futuro
a imagen y semejanza de la nube de polvo
que se mete en los ojos del pasado.
Haces pactos con la alborada.
Hueles a gallo que despierta.
No puedes ver islas o continentes desiertos
en el mundo.
La luz es la madrina de tu progenie.
Te acercas al óvulo
le buscas la oreja
le dices: hágase la luz
y el sol es estrenado por los ojos.
Piensas en términos de gestación
obra
punto y seguido
poesía.
Buscas unirte a tu primera amada
a la primera redondez
para obtener en ella las agujas
y el estambre de genes necesario
para tejer el entramado de células
con que se forma a un niño.

Estabas en el hombre
acunado en no sé qué rincón de su organismo
acudiste al llamado de la excitación
fecundaste al deseo que deseabas...
y tras de probar la manzana de la vida

saliste expulsado
del paraíso.

VII ENCINTA DE GRACIA

De modernidades

Querría saber de ti
mejor no lo querría.
Querría que me hablaras
mejor que no lo hicieras.
Querría un teléfono solidario.
Que la telepatía
nos diera línea
o que nuestras palomas mensajeras
no tuvieran las alas rotas
de su amnesia.
Querría no querer lo que deseo.
Mejor sí lo querría...
El **sí** el **no** es mi sino.
Soy la más moderna y tecnológicamente avanzada
fábrica de contradicciones.

Alfilerazo

Cupido no sólo envía venablos
sino alfileres.
Un corazón que recibe
sólo un alfilerazo
es víctima no más de un febrícula
de deseo.
Tiene un razonable apetito
en una de sus ansias
quiere descobijar algún prejuicio
no sabe qué hacer con el cosquilleo de dedos
que se trae entre manos
y mira de reajo la esquina
de un descuido.

Decisión

Tengo que hacer un voto
de pudor entereza dignidad.
Que las lágrimas sigan recludas
en su charco secreto.
Que los reclamos se hagan en cuchicheos
de soledad.
Que el alma hecha jirones
arme el rompecabezas de sí misma.
Que al exprimir el nudo en la garganta
no se humedezcan los ojos
ni los dedos se me empapen de rocío.
De ahora en adelante en el pianísimo
de la tinta invisible me daré en escribir
sólo sollozos.

Cine

Una única vez en toda mi existencia
llevé al cine
al amor de mi vida.
No me atreví a tomarle la mano.
Ella me veía como un padre nuestro
que estás en la tierra
o como un volcán activo
que tiene como tarea custodiar a su niña.
Mi corazón galopaba a pecho tendido
y mis manos
temblorosas
tomaban en sus dedos
el hilo con que empieza el infinito.

Volutas en el aire

Yo me consolaría si me dejaras tus manos en herencia
(Marguerite Yourcenar)

Estoy empeñado en una guerra a muerte
contra tu imagen tus fotografías
y la silueta de carne y hueso
de tu memoria.
Esa es en los días que corren mi profesión.
Mi primera victoria fue cerrar los ojos

y la nostalgia y aun el deseo
ante tu cuerpo desnudo.

Parte de guerra: tus piernas y tu cuello
(ay Dios mío tu cuello)
han sido introducidos en la máquina pulverizadora
de mi propósito.
Ya no tienes manos.
Tus caderas se me fueron volviendo
volutas en el aire.

Cuando salgo a hacer
el recorrido nocturno
por mis instalaciones anímicas
ya no encuentro
ni tu sonrisa
ni los dedos de tus pies
ni la curva de lechosa geometría
de tus hombros
ni tu ombligo
ni siquiera las palabras
con que me desinfectabas las heridas.
¿Voy a cantar victoria?
¿Te me irás de los ojos
la mente las fantasías de la tinta?
¿Saldrás por la puerta de emergencia
de la poesía
cuando se me viene el silencio consternado
de la pausa?
¿Te me huirás de la frente
a estar codo con codo
con mis muertos aquellos que he enterrado
con paletadas de olvido?

Te tengo aquí a mi lado y las preguntas
se agolpan en la punta de una lengua
hipnotizada por el hueco
de tu ser en el mundo.
¿Por qué ya no hay en tu boca
una sola de las frases
colonizadas por tu gracia?
¿Por qué tus manos hablan otro idioma?
¿Por qué nuestro “ya sabes”
-que significaba: en las entrañas de nuestros corazones
dejaron de palpitar las dudas-
se marchitó sin más en el teléfono?

Parte de guerra:
el triunfo me pertenece.
Voy a condecorarme a mí mismo.
La voluntad fue mi artillería pesada.
Qué bien.
Sursum corda.
Adelante.

¿De quién me hallaba hablando?
Ah sí.
Del secreto dicho a voces
de cuando mi corazón tropezó con una piedra
del camino
o de cuando puse en marcha la parte oculta
de mis alaridos a la luna.

Todo salvo tu mirada se pierde en el vacío.
Feliz de mí que me hallo
muy muy cerca
a unos ojos no más
de que ya pueda escribir un epitafio
-el tuyo-
que será la única parte de tu cuerpo que rehuya
el festín de las larvas.

Narciso está jugando un solitario
con tu ausencia.

Ecuación de igualdad

Qué dolorosa ruptura.
Qué amargor de muerte
en los ojos y las manos.
Todos los recuerdos
en vísperas de su desmoronamiento
me herían como pencas de nopal palpitando
en el pecho.
Podía fingir normalidad.
Saludar a los vecinos.
Sintonizar mi atención en el ladrido nocturno de un perro.
Hablar. Discutir.
Ir y venir.
Entrar en dimes y diretes con el espejo.
Podía escuchar horas y horas a Johannes

o trabajar un poco en el soneto
que llevo escribiendo desde hace diez años.
Pero al quedarme solo
solo y tu alma
sólo y mis rencores
solo y mi pluma
me salías del inconsciente de las entrañas
o de no sé qué lugar agujereado
de mi espíritu.
Y así surgía
pesada graníticamente
sin excepciones
la ecuación de igualdad
entre soledad y amada,
manos vacías y cuerpo ausente
sed insaciable y manantial de agua mítica
teléfono y número olvidado.

Punto intermedio

Tú te hallabas en algún punto intermedio
entre Dulcinea del Toboso y Aldonza Lorenzo.
Aunque mis palabras y mi credulidad te acercaban a la primera
los hechos te empujaban a la segunda.
Yo me situaba por mi lado en algún punto intermedio
entre Don Quijote y Alonso Quesada.
Como presumía que mi infortunio era producto
de los magos y malhechores de la incertidumbre
o de los vestiglos de mi propia suspicacia
vi de golpe entristecerse no mi figura
sino mi alma.

Silencios cancerosos

El teléfono tiene funciones de destino.
Por él se procesan sorpresas
vuelcos de corazón
imposibles que abandonan su dogmatismo
silencios cancerosos.
Nada más desesperante
que vivir el alrededor del teléfono
como sala de espera.

Pic nic

¿Te acuerdas de nuestros
“irnos de pinta”
a la felicidad?
Llevábamos la canasta
los emparedados
el lieder de Schubert aprendido de memoria
el vino tinto que iba enrojeciendo
al mirar las audacias
de mi suspiro.

Una palabra

La palabra **nunca** es catastrófica
terrible siniestra.
Postula la eternidad de los fantasmas.
Le enseña a la angustia
ese mito de nunca acabar
de Cronos devorando a sus relojes.
Descubre desde la herida
que la cicatriz es el cuento de hadas de un espejismo.
La esperanza cuenta sus pasos al cadalso.
La palabra **nunca**, amor mío,
significa, ay,
lo mismo que el vocablo **siempre**
pero sometido a tortura.

Acuario

¿Habrás olvidado el “acuario simbólico” que inventamos?
Tu eras un pez que inflaba los carrillos
para ser un pez globo
encinta de gracia.
Globo con apetito de aire nubes cosmos

que inflado a sol o luna
surcaba
la pecera sin límites del cielo
hasta ser el zodiaco
de mis ansias.
¿Quién era yo? Sólo una anguila.
Una raya cilíndrica de carne enamorada

con poros suspirantes
navegando en torno a ti
a tu isla trazando el periplo
de la adoración.
A mi lado como un parásito
iba otra anguila
pequeña adormilada a veces.
Pero al estar junto a ti
te miraba de reojo
retenía por un instante el cielo en su interior
y pugnaba por iluminar desde adentro
tus entrañas.

Dices que te perdone

Dices que te perdone
que ya no esté torciéndole el brazo
a la memoria.
Pero yo con la nostalgia en ristre
no puedo amor no puedo.
Dejaste tal sabor de muerte en mi boca.
Te me fuiste
después de no sé qué conspiración
de fantasmas.
Le abriste en fin las venas
a mi poesía.
Entonces cómo.
Pero no sé ¿cómo saberlo?
si mi corazón
que está por ti por mí crucificado
y siente ya el vinagre
de la agonía en la lengua
pueda realizar el portento
que me pides.

Castillo de un espectro

Las mejores medicinas contra la soledad
son salir a la plaza pública
asistir a un concierto
o abrir los brazos a un circo.
Pero no para buscar a aquellos payasos

que a veces nos hacen desternillarnos de tristeza
ante su falta de gracia
y sus zapatos enormes ruidosos y entrometidos
que encarnan por lo menos un tramo
de su propio sendero
o a los malabaristas inseguros
que balanceándose sin red sobre su propia muerte
mantienen sus pies y nuestras almas
en un hilo
o a los elefantes con la nariz empolvada
y las pestañas embadurnadas de pintura
que claro no fueron
los primeros en su clase
de baile.
Nada de eso.
Más bien para dar con esa antalogía de milagros
mostrados en la escena circense
que hermana al público
en la expectación
el deleite
el tronarse los dedos
el sentir desamarrado el corazón.
Pero al volver del circo
o del cine o de la plaza pública
vuelvo a hallar arrinconada ojerosa
con la mejilla sucia por el fugaz paso de una lágrima
la soledad.

Tú eres el tatuaje de esa soledad.
Un estallar de vísceras del alma.
Mi cuerpo es el castillo de un espectro.
Una manera de esconderme de ti
de no dejarte respirar en mis adentros
es darme la espalda a mí mismo.
Mi peligro mayor es cerrar los ojos.
Dejar a la música hablando sola.
Cerrar el libro en la página del cansancio
o en el renglón que se convierte
en un nudo de musarañas.
La cama arropada por las doce de la noche
es el peor instrumento de tortura.
Eres mi fantasma custodio.
Muerta en el espacio
sobrevives en mí cuando estoy solo.
Respiro válgame Dios tu respirar.

Epitafio

Al hablar con los muertos
al hojear las palabras de un poeta,
te pierdes de mis ojos. Pero surges
de repente entre líneas
amueblando las pausas con tu esencia.

Al hablar con los vivos
al mantener con ellos entusiasta
un duelo de respiraciones
se me esfuma la parte de mí mismo
que está colonizada por tu rostro
tu cuello y tu pródiga canasta
de redondeces. Pero si me distraigo
y me voy a la luna a organizar
mi primera exhibición
de pinturas al olvido
irrumpes tú de nuevo no dejando
que entre mi soledad y tu presencia
exista un culebreo de fronteras.

Al hablar finalmente con mí mismo
y hacer que haya un debate
entre los dos pedazos
de mi deshilachada intimidad
te me vas de las manos y respiro
un puñado de oxígeno en la calma.
Pero vuelves a poco
tomada de la mano del silencio
cuando cesan el rugido de la sangre
los grillos y las sílabas que surgen
de adentro de mi entraña.

Cuando muera alma mía en mi sepelio
¿alguien sospechará que en el sepulcro
hay un par de personas sepultadas?
Lo ignoro mas si a veces tengo el sueño
de que ahí al interior de mi ataúd
de nuevo lograré la soledad
definitoria (la que traigo
de acta de nacimiento)
me imagino también
que en el negro sudario cudriforme
parpadeará en la nada de dos bocas
algo así como un beso.

VIII POLVO ITINERANTE

Pasión viajera

Nuestro amor no mide el tamaño de una almohada.
No es tampoco una alcoba
una mansión un palacio
o un jardín de delicias
que le sacuda a nuestras alas
todo hormigueo de cielo.
No. Es tan sólo un camino
una brújula encinta de episodios
el derrotero inventado a cada instante
por la pasión viajera que rehuye
detenerse en un punto
tender su tienda en una costumbre
amueblar un prejuicio
y tener solamente una morriña
de gerundios de esos
que se hacen de un cayado al disponerse
a conjugar su polvo itinerante.
Hemos vivido todo. Nada humano
ni bestial ni celeste nos es ajeno.
Pero en esa transformación
en esa sabiduría
en ese pacto con dioses de manga ancha
decidimos recorrer juntos el camino
juntos con la palabra siempre
sin separarnos un ápice
con nuestros corazones tomados de la mano.

La ilusión a la intemperie

Además de la cabeza
con su galaxia de neuronas
o el infinito agazapado en el hipotálamo
cada pareja es un mundo
con la complicidad del acta de matrimonio
o las delicias del arrejuntamiento.
Un mundo. Un universo
con un movimiento translaticio
y rotatorio de vivencias.

Cada pareja tiene que dar con la fórmula
la pócima secreta
para evitar los agrietamientos en el muro de sus relaciones
que pueden dejar la ilusión a la intemperie
muerta de soledad
tiritando
como perro sin dueño
amarrado a la estaca de su aullido.

Fotografía

Mis dedos
levantando la fotografía
ponen ante mis ojos
un mar que carga a las espaldas todo el cielo
como Atlas sudoroso que intentase
cargar el infinito.

Allá lejos
tras una negociación de azules
el cielo y el mar
trazan el horizonte
el camposanto de miradas.
El firmamento con su desmanchado azul marino
casi venido a blanco
(a blanco de los ojos)
sufre inopia de nubes pelícanos
y pupilas en picada.

El azul del mar no se anda con remilgos
con pequeñeces de caracol
y se encarama a los peldaños del apasionamiento
ahoga timideces en su entraña
y lanza su red azulísima hacia la costa
a la pesca de bañistas
y poetas.

La diosa monotonía se adueña
de la orilla del mar
y poniendo su húmeda insistencia
bajo las órdenes del metrónomo
convierte el ondeo
en un disco rayado
en que las olas llevando el aro de sus curvaturas
juegan siempre a lo mismo:

a hacerse y más hacerse y más hacerse
hasta desvanecerse
como un oleaje en ruinas...

De cuando en vez el silencio
impone su momento espiritual
su mendrugo de nada
y el mar por un instante se decide
a morderse la lengua.
Y es entonces cuando te veo
erguida

 caminando
bañada por duchazos de sol
dándole la espalda al océano
como Venus
que nace de su oleaje de semen.

Llevas en las manos
un libro de versos que bate lentamente
sus enormes alas de negra mariposa.
Tienes los ojos hipnotizados
y te quemas las pestañas
 con el sol y las letras.

Por un segundo
el mar pierde su lucha con el cielo
y se convierte en cielo
cielo embarcado
cielo dejado a la deriva
en alta mar.
Dejado.

Estás ensimismada.
Quizás le estás siguiendo
su pista de invisibles puntos suspensivos
a una de mis metáforas.
Tal vez estás oyendo
en el ritmo de mis estrofas
mis respiraciones y sus enigmas
de aire.

Soy un poeta privilegiado. Tengo
esta fotografía de mi musa
de mi amada
 de mi compañera
de la luz con que escribo en las noches

de mi entraña.

-¿Tú sabes -le digo-
que vamos a seguir juntos toda la vida?
¿Sabes que
siendo la confluencia de dos ríos
-de evaporadas fronteras-
oiremos un día el rumor de las olas
el canto gregoriano de la espuma
la húmeda fanfarria de gaviotas
de nuestro destino?
¿Y sabes que uno de los dos
quedará frente al otro
para cerrarle los ojos
amortajar su pulso
y descifrar el jeroglífico
de su último suspiro?

IX SIN REMILGOS DE INCIENSO

Reflectores

Actriz de teatro
barajas como Proteo
multitud de personajes en ti misma.
Tus bautismos llegan pisándose unos a otros
los talones.
En el espejo que te observa
podemos advertir jadeos de fatiga.
Y hasta cuando nos hallamos entre sábanas
requieres reflectores para alumbrar
los oleajes de armiño de tu excitación
y un apuntador que te vaya corrigiendo
los olvidos.

Vampiro

Yo el vampiro y ella
-una mujer sanguínea y ardiente-
fuimos a la cama
tomados de la mano
los deseos
las decisiones.
Cada uno de nuestros cuerpos aullaba
como si resintiera los latigazos
de la lujuria...
No hubo remilgos de incienso.
Ni lenguas serpenteantes que insinuaran
cinturones de castidad.
Mi corazón creía empalidecer.
Sentía la sangre presta a meter el freno de la coagulación
ante la mirada intrusa de la intemperie.
La cama se hizo entonces mar abierto:
millones de burbujas subieron desde el fondo
para hablarnos de la Atántida.
El pudor se revolcó por un instante entre las sábanas
y resbaló hacia el piso.
Mi astucia en complicidad con sus urgencias
logró un lagrimeo de libertad en los ojales
de su vestido el cual cayó como una cascada de seda
a sus pies.

El ángel de la guarda de sus senos
su cadera
su monte de Venus
se puso a distraerse
a papar musarañas
y descubijó de principios morales
una parte de su cuerpo:
abrió los ojos las piernas
y hasta un sí de repente
que comenzó a gemir desde su cuello.

X EL SECRETO DE FAMILIA

Teléfono

Del encuentro, el reencuentro
y el desencuentro que tuvimos
no me deja hablar
el nudo en la garganta
de mi pluma.
El encuentro lo tuvimos en la mejor alcoba del palacio
de lo fortuito.
El reencuentro en el claro del bosque
de una cita.
El desencuentro en los puñados de silencio
que algodónan mis oídos.

Uno del otro

Para “ser nuestros” (uno del otro)
para poner en cuarentena
los pronombres personales en primera persona
de inquietud
para pasar de ti a mí
o su cachonda viceversa
nos miramos de frente arrugamos nuestras fronteras
e hicimos una mezcla de nuestras aguas
bautismales.

Entraña común

La conversación es un *ping pong* de palabras
en que la red divisoria es el afuera
de los hablantes.
Es arrojar puñados de alma
hacia el otro.
La conversación es un arte
diría el viento.
Tarde a tarde al pie del crepúsculo
tú y yo nos dedicábamos
a intercambiar fragmentos órganos menudencias
de fantasmas descuartizados.
Hacíamos de la confidencia lugar de cita

entraña común
inmolación de distancias.
Entrábamos uno en el otro alma en el alma
hasta el lugar donde la oscuridad
no daba el brazo a torcer.
Desmenuzábamos nuestro cordón umbilical.
Hablábamos de tu padre y de mi madre
de mis hijos
de tu hermano
y del secreto de familia
que es uno de los pilotes de todo hogar...
No dejábamos títere con cabeza
ni -los olfatos midiendo el paraíso-
flor con perfume.
Hablábamos por horas.
Hasta que oíamos el cántico de gallo
del taxi.

La parte más sólida de la nada

La filosofía era nuestro tema.
No hay nada mejor que desvelarse
dando mordidas a la manzana
de la sabiduría.
Dios estaba a veces en el banquillo de los acusados.
Pero apenas la fiscalía
-nuestros corazones alzados en blasfemias-
dictaminaba la culpabilidad del acusado
-que había jurado decir la verdad en nombre propio-
Él se nos transformaba en humo
la parte más sólida de la nada.
Después en piadosísima leyenda
cuento de fantasmas contados por fantasmas.
Hablábamos por horas.
Amor con qué dolor de lengua
nos despedíamos.

Crimen perfecto

Qué bueno que por sólo una vez me enamoré de una poetisa.
Nos llevamos bien en todo
-la cama, las aficiones, el odio por los niños-
pero no en un punto neurálgico:
nuestro perverso afán de pergeñar poemas.
Aquí nos hallábamos arrojados a una inmisericorde y furiosa competencia.
En los juegos florales de dos
 donde sin cesar interveníamos
a veces ganaba uno a veces otro
pero siempre obtenía el primer lugar
la envidia -como ojerosa trizteza
por el bien ajeno.
Entregados a competencia feroz
vivíamos con el sueño de que la justicia coronara al más apto.
Ay de nosotros acabamos por ser
como Caín y Abel metidos a portaliras.
No podíamos tratar el mismo tema
-por ejemplo el lagrimear matutino de la flor
o el roncar genocida del caudillo-
porque dando periplos en una tierra movediza
nos acusábamos de plagiarios de salteadores
a mano armada por las plumas amenazantes
delincuentes líricos
o robachicos de haikús.
Después de una escena de mordiscos
 patadas y arañazos
-en que ella sembró en mis brazos
una promisoriosa cosecha de cicatrices
y yo en las uñas logré quedarme
con todas sus pestañas-
llegamos a un convenio
firmado con nuestra propia sangre:
de plano nos dividimos el planeta.
Los temas de lo mineral y lo vegetal me correspondían
 los de lo animal y lo humano a ella.
El agua y la tierra a mí.
El fuego y el aire a ella.
Y guay de las infracciones
 el olvido de promesas
o pasarse el rojo de un semáforo.
Si ella pongamos un ejemplo
en vez de hacer un poema sobre el fuego
lo hacía rebelándose sobre el agua
yo me ofendía

decía que no había el menor culebreo de belleza
en su grotesco material
me enfriaba frente a su inspiración y su poesía
y le aplicaba durante horas
la ley del hielo.
Por fortuna y cuando menos lo esperaba
ella llegó a un tema permitido: su última respiración.
Además -el crimen perfecto implicó
un enterramiento perfecto-
la sepulté en mí mismo. Por eso ahora
que escribo a dos voces
en canon
y en lengua viperina
la reiterada presencia
de la paradoja en mis escritos me hace pensar
en que en mi interior continuó la lucha a las vencidas
con mi musa.

XI CON DIRECCIÓN AL INFINITO

Sonrisa ambigua

En el paquete de cartas que me dejaste
se esconden tus deliquios
tus postdatas sembradas de nomeolvides
que buscan su lugar en el florero
de la página en blanco
tu alegría reponiéndose de la sorpresa
en la serenidad de alguna frase
con ánimo de almohada
y por fin todo el desmoronamiento de tu cuerpo
en innúmeros vocablos.
Pero no están a la mano
tus piernas de amazona.
Ni las caderas de yegua concupiscente
sobre las que galopamos
con dirección al infinito.
Ni tus pezones
y el deseo en cueros de su frío interior
que sólo disipaba el aleteo de rapiña
de mis huellas digitales.
Te llevaste el aparato de dulzura
del regazo. No olvidaste entre líneas
el arcón de secretos
donde sabías fabricar pasiones ternuras niños.
Te llevaste
tu habilidad de flechadora de gorjeos
de amazona cabalgando en pelo tu libido
de fantasma recortado al tamaño de mi miedo.
Me dejaste sí ese puñado de fotografías
donde tus ojos están eternamente a punto de parpadear
tu pelo se haya persiguiendo una voluta de viento
y una sonrisa ambigua
amordaza la canción de cuna que buscan los oídos
de mi insomnio.

No dejaste ningún pañuelo

Te fuiste del todo de mi vida.
Ahora hasta confundo tu rostro
con los que efimeros construye
la polvareda que se queda en el pasado.
El olvido se dedicó a desdibujarte
con la pasión con que la goma de borrar
le da la razón a la página en blanco.
No dejaste ningún pañuelo ninguna joya ningún fantasma
dedicado a amueblar de manera
constantemente distinta
mi soledad.
Sólo dejaste un paquete de perfumadas epístolas
en que me hablabas de tu amor eterno
con faltas de ortografía.

XII LLAMADAS DEL OLVIDO

Serenidad

Otra vez la serenidad.
La vuelta del aullido
a la tranquilidad acompasada
de la respiración.
Qué triste. Qué ridículo el suspiro
que tuve ayer por la tarde.
Qué pérdida de tiempo
arañar las paredes.
Qué petulancia creer que los sollozos clandestinos
y las maldiciones con dedicatoria
eran una suerte de descompostura
del orden natural.
No hay nada más patético que sentirse
poeta romántico abandonado por una musa
que puso los pies en polvorosa
o en patines corrió hacia el horizonte.
Lo tenido por sublime
luce edulcorados espasmos de cursilería
y hasta los poemas pretendidamente trágicos
carraspean al final cierta falacia.
De nuevo la serenidad.
Nada de volver a ser por el amor de Dios
el Pierre Menard de las Rimas de Gustavo Adolfo.
Nada de pensar que la mala suerte
me da puñaladas de destino por la espalda
secuestra mi corazón y pide a cambio
una verdadera fortuna de desgracias
y hasta empuja a los perros
a orinarse al pie del árbol
que dejó plantado
el amor de mi vida.

Basta ya.
Es más elegante darla por muerta.
Pensar la ruptura como la abdicación de su pulso
o la pérdida de cuerda del metrónomo.
Qué se le va a hacer.
Ya mis manos están procesando el duelo.

Ya empiezo a contestar las llamadas del olvido.
Muerta así quiero pensarla.
No que el amor eterno fue derrotado
por una ausencia
un esconderse en algún punto ingrato de la geometría
un teléfono que horrorizado por el sufrimiento
perdió el habla
y se manchó las manos con la sangre
de todas nuestras palomas mensajeras.

Fantasmas

Cuando Venus recorría el laberinto
de puertas complacientes
y salidas imposibles
sin más hilo de Ariadna
que una mirada nudosa y empobrecida
yo me debatía con el haz de espectros
de la angustia
mi respiración zozobraba
y ay no había un solo Dios que me tomara el pulso.
Cuando la diosa abandonó la cárcel
seduciendo la puerta de salida
cambié la angustia por la tristeza
dejé de hablarles de usted
a mis congojas
y me senté a la sombra del reposo
-contando con los dedos
un rosario de lágrimas-
a la espera de la paz
y su holocausto de fantasmas.
Todo abruptamente se convirtió en pasado.
Nada quedó de entonces sino una polvareda
de palabras y rostros.
Mi corazón dejó de ser el laberinto
y selló las entradas.
Mi vieja herida llegó al fin de su historia
y murió en brazos
de su último gemido.